

tos novelísticos. En cierto sentido se inspiró en su propia experiencia amorosa, cuando desempeñando el cargo de ministro plenipotenciario en Washington, se enamoró, siendo correspondido, de una joven de veinte años (él tenía cuarenta y tantos), hija del secretario de Estado del presidente Grover Cleveland. Tras una intensa relación, cuando Valera se disponía a regresar a Europa por orden del gobierno español, la joven se suicidó en la antesala de la embajada de España. Pero lo que en la realidad fue tragedia halló, en la ficción valeriana una respuesta positiva, expresando así sin duda el deseo del mismo Valera. *Morsamor* cierra el ciclo novelístico de Valera, una obra que impactó a Clarín y a muchos lectores de su tiempo por su mezcla de lo heroico y lo burlesco, muy ajena al tono que por las fechas comenzaba a marcar la llamada generación del 98, un poco ajena, salvo el quijotesco Unamuno, al espíritu de Cervantes, desde el cual puede leerse con provecho dicha obra.

**Juan Malpartida**

## En la cocina de Proust\*

Hace años, Philippe Kolb, paciente editor de la interminable correspondencia proustiana, exhumó el primero de los cuatro cuadernos de apuntes ahora publicados. Se trata de una lectura para seguidores del escritor, por su carácter caedizo, las abundantes tachaduras y sobreentendidos que, con excelente criterio, van aclarando las notas de los compiladores.

No deja de admirar el hecho de que muchas páginas de la novela entonces en curso y que se distribuyen por volúmenes muy separados en el tiempo, ya estén aquí resueltas y corregidas. Se ve que Proust tenía en su imaginación el conjunto del enorme libro, a la vez que sostenía una minuciosa cohabitación dialéctica con él.

En efecto, la obra de Proust es, entre otras cosas, la historia de un escritor que se va formando mientras escribe y se pregunta si es o no un novelista. Además, al lado, es también el relato de una devoración: poco a poco, al decir insistentemente *yo*, el Narrador anónimo se «come» a Marcel Proust, de la misma manera que la guerra de 1914 va impregnando el dietario y la ficción. En su burbuja de tiempo, tirado en su cama de asmático entre

\* *Marcel Proust, Carnets, ed. Florence Callu y Antoine Compagnon, Gallimard, Paris, 2002, 444 pp.*

murallas de corcho y envuelto en humos de polvos Legras y corazas de algodón, Proust rumiaba un banquete de tres mil páginas cuyo plato principal era él mismo: el señor Yo se alimentaba de Marcel Proust.

Si apelo a la figura alimenticia es porque se constituye en la metáfora principal del discurso proustiano. Los olores, los sabores y los colores de los alimentos son el punto de partida de sus figuraciones: el mundo está allí, objeto de apetencia (apetito: hambre) para ser devorado, hasta que se convierte en un organismo que nos devora: el Tiempo.

Se advierte en los apuntes que el trasiego de nombres se parece a la tarea de una cocinera (la materia prima cambia de nombre al ser gui-sada) y la persona de Françoise, la principal gastronoma de la novela, adquiere un sesgo protagónico. Me atrevo a opinar que el trozo de buey metido en su cárcel de gelatina es la réplica al cisne mallarmeano, prisionero del hielo, símbolo de la quietud eterna que el arte propone al fugitivo presente de la vida.

Si extendemos las correspondencias, pensando que la *Recherche* es también el examen y el balance crítico de una cultura (por ende: una sociedad) cabe recordar la propuesta de Fernand Braudel: husmear a la puerta de una cocina permite entender toda una civilización.

Es claro que el husmeador Proust es un aprendiz de escritor muy enterado de música, otra de sus obsesio-

nes que aparece apuntada en estos cuadernos. Especialmente, diría por mi parte, la insistente reaparición de tres compositores: Wagner, maestro de los motivos conductores; César Franck, que inficiona la sonata y la sinfonía con la idea recurrente, la circularidad de la forma; y Schumann, el músico declaradamente favorito de Proust, porque es el genio de las intermitencias, de los repentismos y las improvisaciones de suma intensidad poética. La novela proustiana está hecha a golpes de intermitencias del corazón (*coeur*: sentimiento y memoria), disgrega circularmente el tiempo lineal y organiza esta dispersión por medio de los motivos conductores.

Una meditación sobre el arte yace al fondo de estos apuntes. Proust fue, de manera muy personal, una síntesis de narración y crítica, una fórmula fácil de caricaturizar y difícil de seguir. En contra del tópico, amó a Sainte-Beuve y cumplió con un postulado simbolista. Hay arte porque la impresión primera que nos producen las cosas genera un signo que la música inmanente del artista oye pero que la palabra no puede nombrar. Esta impotencia —la dichosa impotencia de la esterilidad en Mallarmé— es la que empuja las palabras por la divagación metafórica, o sea un retorno al origen fabuloso del lenguaje.

El artista es como el enamorado proustiano: genera la realidad del texto, o la historia del amor, porque

el amor, como la palabra, son irreales, impertinentes al mundo, sin correlato con él. Somos incapaces de amar realmente y de ser realmente amados, como somos incapaces de llegar al nombre propio de las cosas. Por eso nos enamoramos y escribimos novelas. Proust lo dijo mejor: escribimos una sola e interminable Búsqueda de lo Perdido. Lo que se perdió en el tiempo y con él, y el arte recobra en el Tiempo y con Él.

La lectura de estos cuadernos es indispensable para la relectura de Proust. Exigen lo mismo que su gran libro: concentración y paciencia. Si las concedemos, seremos capaces de convivir con ese amigo, difícil e imprescindible como los verdaderos amigos. Nos devora pero nos alimenta, que así de paradójico es el artista auténtico.

**Blas Matamoro**

## LA PIPERAZINA MIDY

Disuelve el **ACIDO URICO**  
como el calor funde el hielo.

Los laboratorios **MIDY** de París han sido los primeros en preparar la **PIPERAZINA** bajo forma efervescente, siendo inimitable por su riqueza en principios activos.

**Laboratorios MIDY FRERES**  
4, Rue du Colonel Moll, París

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS  
**CAILLON Y HAMONET**  
Belgrano, 648. — Buenos Aires





ACIDO  
URICO